

# SEMBRANDO PRIMAVERA EN INVIERNO

En el siglo XXI cualquiera puede informarse sobre las miserias de diferentes países del mundo, incluido el nuestro. No es necesario ir a zonas lejanas y míseras para sentirnos afortunados y regresar con el contraste de un sentimiento agri dulce de remordimiento de lo poco que valoramos nuestras comodidades y el trato generoso del que comparte lo poco que tiene para vivir.

De nada serviría, pues, ir a colaborar en calidad de voluntario si cuando regresas nos entregamos a nuestra rutina anterior; si lo que se ha vivido allí queda como quien ha visto un melodrama y se va dormir plácidamente.

Quizás nos sintamos a salvo en la distancia, sabiendo que aquellas personas que conocimos no nos molestarán en nuestra ciudad porque no pueden pagarse el pasaje hasta aquí. En este caso, la experiencia es vana y no dejamos de ser meros turistas solidarios.



Sin embargo, quien va a colaborar buscando cómo mejorar como persona, aprendiendo a tener detalles de atención hacia el otro, a preocuparse de sus necesidades, a invertir tiempo en escuchar, en compartir gratuitamente todas sus cualidades, sin tener en cuenta su condición, ése se trae mucho más de lo que se llevó. Es entonces cuando la labor realizada allí se proyecta, como una sombra, aquí. Aprender a superar las impertinencias y las diferencias con tus vecinos es una de esas proyecciones que podemos llevar a cabo. ¿De qué sirve ayudar a personas que posiblemente nunca más volverás a ver si no echas una mano a quien tratas diariamente?

De todas las labores que llevamos a cabo, tanto en Nicaragua como en Perú, nos centramos en la labor espiritual, uno de los pilares del ser humano, junto con su dimensión física e intelectual. No fuimos a enseñar, sino a colaborar. No fuimos a imponer nuestra visión, sino a aunar fuerzas con la labor que allí se realiza; una labor tan necesaria e invisible como la sal de las comidas.



Fuimos testigos de cómo se desviven mujeres generosas que han dejado de lado sus proyectos profesionales y personales para dedicarse en cuerpo y alma a asistir a los más necesitados, en las impresionantes montañas de los Andes, auténticas heroínas del siglo XXI que, con su ejemplo y su coraje, siembran esperanza a los más olvidados y pobres.



Independientemente de cómo seas, si tienes oportunidad de tener esta experiencia, no olvides que te hará mucho bien, y recuerda que la solidaridad empieza por quien tienes más cerca.

***Gustavo Mollá Vaya***